

Teatro

LA SALIVA DE DIOS

DE

JAIME IBÁÑEZ

PERSONAJES

<i>Dilse</i> (modelo)	28 años
<i>Sebastián</i> (escultor)	35 "
<i>Federico</i> (escritor)	35 "
<i>Bernardo</i> (pintor)	45 "
<i>El hombre de negro.</i>	
<i>Mujer.</i>	
<i>Médico.</i>	
<i>Mensajero</i>	
<i>Mujer estéril.</i>	
<i>Novias.</i>	

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Dilse y Sebastián

Un salón con tres puertas. Una da a la calle, otra al interior y la tercera a un taller de escultura que al principio no se ve porque la cortina que lo separa está tendida. Hay varias sillas amplias, mullidas, de colores hermosos, y un gran diván en el fondo donde descansa una mujer muy bella. Su pelo liso cae sobre la espalda, y la cabeza tenuemente inclinada reposa en ensueño sobre el espaldar del diván. Sus brazos lentamente están quietos sobre los muslos en actitud de abandono. A su lado hay una mesa larga con una porcelana y un candelabro de vidrio donde brilla una bujía encendida. En la pared un gran cuadro de colores fuertes y contrastes de formas. En la pared de la izquierda una fotografía grande de una estatua de mármol que representa una mujer medio erguida con un brazo extendido hacia el cielo que parece recoger los poderes celestiales y el codo que sostiene el cuerpo sobre la tierra está medio perdido entre follajes. Al lado de la fotografía se ve un diploma en cuya parte inferior brilla una medalla de oro. De las paredes cuelgan, dispersas, otras fotografías de estatuas. Al comenzar la escena se oye el viento golpear contra los muros exteriores de la casa. No silba, produce un sonido fuerte y musical. La puerta de la calle se abre y entra un hombre delgado y pálido con sobretodo negro y gruesos anteojos. Mientras se quita el abrigo repite como inconsciente:

SEBASTIAN

—Verde... fresca... fresca... brillante...
brillante...

DILSE (mirándolo amorosamente y tendiéndole la mano).

—Has bebido esta tarde... ¿Dónde estu-
viste?

SEBASTIAN

—En la reunión del concurso.

DILSE

—¿Los viste a todos?

SEBASTIAN

—A todos. Estaba el italiano y Gordon el
americano. Parecía una reunión internacional.

DILSE

—¿Se ha resuelto algo?

SEBASTIAN

—Aún no. Pero es posible que esta misma
noche suceda.

DILSE

—No has debido tomar. Te pone siempre
mal. Parece que otra persona creciera en ti de
repente.

SEBASTIAN

—¿Se nota?

DILSE

—Tienes el aire.

SEBASTIAN

—Sí, por desgracia. No sé cómo sucedió.
No pude evitarlo. De pronto le envuelven a
uno... Mi padre bebía. A veces siento que me
sale y me revuelve las venas.

DILSE (tristemente).

—Ya sé. Tú cabeza no pudo controlarte.

SEBASTIAN

—Casi siempre puede.

DILSE

—Casi siempre te falla con el alcohol.

SEBASTIAN

—Es lo que odio. Me esmero en hacerlo todo con la inteligencia y de pronto no puedo. Afortunadamente existen las cosas del mundo, esas insignificantes cosas del mundo, que le descubren a uno el poder de la inteligencia. Mientras subía la colina me vino el aire, el viento de las alturas, ese viento melodioso que viene a la tierra como un mensajero, cargado de aromas, de canciones y de fuerzas extrañas, a luchar con el viento malo, el de la tierra que está lleno de llanto, de cosas destruidas, de olor a materias quemadas, de blasfemias. Ese viento de las alturas trae el esplendor de las nubes, la boca de la luz, la línea de los astros, Dilse: tomé una hoja de un árbol. Una miserable hoja. Huele. La estrujé entre los dedos y la fuerza de la inteligencia regresó a mí cuando el jugo vital me tocó la piel y se me metió entre la sangre. Dije: brillante... fresca... verde... Y me llegó la belleza. La hice yo, ¿comprendes? La reconstruí, la volví a crear dentro de mí.

DILSE

—Todo sucede así, Sebastián. La vida te da siempre lo mejor. Te dio talento, voluntad, energía, todo.

SEBASTIAN

—Casi todo, Dilse. Hay cosas en cambio, que suceden hacia atrás, que significan destrucción, como cuando bebo.

DILSE

—Tú piensas eso porque quieres que el tiempo sea siempre crear... crear... ¿Jamás has pensado en los demás?

SEBASTIAN

—¿En quiénes?

DILSE

—En los hombres, en sus problemas.

SEBASTIAN

—Sí. He pensado, pienso que he sido un resultado obligatorio de una serie de acontecimientos. Fíjate: ahora, por ejemplo, me doy cuenta de que una parte del crepúsculo se me ha quedado prendida como esos perros vagabundos que de pronto se meten a la casa detrás de uno.

DILSE

—Lo advertí cuando entraste. Traías una sombra...

SEBASTIAN

—La sombra que delata.

DILSE

—Dónde querías ocultarte. (*Tocan a la puerta*).

SEBASTIAN

—¿Quién ha de ser? ¿La noche? O ese aire que me trae otro mensaje de las alturas... Vieras el perfume de montaña qué puro es... (*Esto lo dice mientras abre la puerta.*)

ESCENA II

(*Dichos y Federico*)

Federico es un hombre joven, fuerte, de tez morena, de ademanes enérgicos y alegres. Entra y mirando a Dilse, dice:

FEDERICO

—¿Ni un momento de paz? La paz sea con vosotros.

SEBASTIAN

—La de las cosas buenas.

DILSE

—¿Vienes de la ciudad?

FEDERICO

—Estuve trabajando todo el día.

SEBASTIAN

—Te hubieras quedado en ella...

DILSE

—¿Has comido ya?

FEDERICO

—Tomé algo hace un rato.

SEBASTIAN (mirándole).

—Otra vez aquí...

FEDERICO

—¿Otra vez?... Siempre estoy aquí. Estoy en todas partes. Precisamente donde tú estás debo estar yo y donde tú no estás, debo estar yo.

SEBASTIAN

—Eres repugnante a veces. Otras, prefiero no tomarte en cuenta. Resultas con tus ab-

surdos cuando menos se piensa.

FEDERICO

—Tú, en cambio, has perdido el placer de cometer absurdos. Qué odiosa debe ser la vida cuando no se pueden cometer errores. Eso sí debe ser repugnante. ¿Sabes que lo que mejor recuerdo de mi vida son los absurdos?

DILSE

—Nunca es repugnante un hombre.

SEBASTIAN (con indiferencia).

—Especialmente para tí.

DILSE

—Se le ve siempre algo de majestad, algo dominador que engrandece.

FEDERICO

—Para nadie ha de ser repulsivo. Yo creo en el hombre como lo esencial. Creo en el hombre que es el único animal capaz de amar exactamente, universalmente. El sér humano es el mundo.

SEBASTIAN

—El sér humano cuando piensa, no cuando se comporta como una bestia, cuando ama...

DILSE

—Me aterra pensar que nunca has amado.

FEDERICO

—Exactamente. Pero no sólo eso. Nada hay sobre la tierra ni sobre el cielo tan fundamental, como el amor. El amor es la saliva de Dios. Es lo que ablanda la roca, lo que hace posible la vida. Dios amasó la tierra con su saliva, para crear al hombre, es decir, con su amor.

SEBASTIAN

—Sí, tan fundamentalmente estúpido. Aún no has aprendido a callar.

DILSE

—Hasta cuándo... hasta cuándo... He de tener que pensar... ¿No es suficiente? (*sale*).

SEBASTIAN

—¿Es necesario? Digo que el hombre debe pensar y entender.

ESCENA III

(Los hombres se quedan solos. Federico se tira en el sofá y fuma; mira fijamente a Sebastián que se pasea por la habitación, nerviosamente.)

SEBASTIAN

—Siempre igual; con los nervios sin control y tú...

FEDERICO

—Siempre igualmente yo, como tú siempre serás igualmente tú. Eso es todo.

SEBASTIAN

—Confieso que en ocasiones me pareces perfectamente animal. Perdóname. No como se dice generalmente, sino por tu capacidad de presentarte como una fuerza orgánica, instintiva, ciega. Te debes encontrar siempre en un laberinto.

FEDERICO

—Mis problemas están resueltos. No te envidio nada.

SEBASTIAN

—No digo eso.

FEDERICO

—A veces veo lo que te pasa. Piensas que me voy a lanzar sobre ti de un golpe como un turbión, como un edificio que se derrumba. No. Sebastián... No. Si fuera sólo eso...

SEBASTIAN

—¿Algo más?

FEDERICO

—Fíjate que los animales por pequeños y elementales que sean tienen más seguridad de sí mismos, más certeza en sus actos que cualquier hombre. Cuando usas toda tu razón para crear tus estatuas, estás aún muy lejos del lobo que encuentra su camino sin perderse en la noche. Tú dudas al orientarte en el arte. El animal no duda... Sí... tienes razón, soy un perfecto animal.

SEBASTIAN

—Hay cosas que aunque sean verdaderas es mejor no decirlas. Deberías por lo menos tener pudor...

FEDERICO (saltando de la silla).

—¿Pudor? ¿Acaso hablo yo? Habla la naturaleza por mis labios. A eso he venido al mundo. A que todos los seres de la creación hablen por mi boca. Que mi voz sea hecha de todo lo que ellos no pueden decir.

SEBASTIAN

—Quizá tengas razón, quizá sea lo cierto eso. No estoy acostumbrado a negar ni a afirmar porque sí. La razón está dispersa en todas las inteligencias y la parte que queda la aprovechan los sentidos y las pasiones muy

eficazmente. Pero si eso es cierto... yo... yo... ¿qué papel juego?

FEDERICO

—Si quieres te lo digo.

SEBASTIAN

—Dílo.

FEDERICO

—Puede ser demasiado duro.

SEBASTIAN

—Lo oiré como oigo todo lo que no me interesa. Dílo.

FEDERICO

—Tú eres lo que los otros dicen. Lo que todos dicen. Tú eres la medida, la razón. Lo que los hombres dicen y lo que los animales significan, lo que la yerba y los astros son en tí. Me has dejado la mejor de las partes. Lo que nadie puede ser. Lo que hay entre lo que es y lo que no puede ser. El puente que salva el misterio.

SEBASTIAN (mirándolo con curiosidad).

—Cuánto tiempo hace que te conozco... Veinte... treinta... cien años... ¿Quién escuchó esas palabras antes de que tú y yo las dijéramos y las oyéramos?

FEDERICO

—No me conoces... Tú no has oído nunca esas palabras.

SEBASTIAN (meditabundo).

—Las he oído... Las he oído. Pero las he ahogado. Las he estrangulado como a animales dañinos. (*Luego haciendo un ademán de desagrado.*) Voy a trabajar un poco para calmar-

me. (*Corre la cortina de la derecha y queda visible el taller. Varias estatuas y modelados en barro están sobre las tablas y mesas en estricto orden. Una penumbra al fondo hace resaltar los mármoles. Sobre una mesa cercana a la puerta hay un bloque de barro con huellas de modelado anterior. Sebastián lo descubre mientras Federico saca un libro del bolsillo y comienza a leer para sí.*)

FEDERICO

—¿Recuerdas a Rafael Bester, el poeta?

SEBASTIAN

—Sí. Leí algo suyo hace varios años. Estaba aún en la Academia cuando le conocí.

FEDERICO

—¿Qué te pareció entonces?

SEBASTIAN

—Un tonto.

FEDERICO

—Ha publicado un nuevo libro. Es verdaderamente bello.

SEBASTIAN

—Nos plantearíamos el mismo problema. (*Se quita el saco y se pone una blusa de trabajo.*) Ese desorden, esa tumultuosa pasión... ¿Qué diablos significa todo eso? ¿Podrías tú comparar a "eso" con Goethe, por ejemplo?

FEDERICO

—¿Por qué Goethe y no Garcilaso, por ejemplo?

SEBASTIAN

—Porque Goethe me gusta. No es la pasión suelta.

FEDERICO

—Qué sabes tú de pasión, de amor... ¿Cómo puedes saber si es ordenada o desordenada, cuando jamás la has sentido? Vives al lado de Dilse y estoy seguro que nunca has temblado de amor junto a ella. Jamás has escuchado el rumor de su sangre, jamás el tenue brillo de su piel bajo el aire... Eso... eso sí es ser animal.

SEBASTIAN

—Es mi modelo. ¿Entiendes? es mi modelo. Ella es eso y para eso la tengo en mi casa, para eso la cuido y le doy lo que necesita; para que esté siempre bien, en orden toda ella. Y no me digas que no sé apreciar toda su hermosura. ¿Qué sabes tú de la belleza si sólo tienes cinco sentidos para oler, palpar y mirar sin que eso represente nada? Me sería imposible trabajar sin ella. Es la única figura que corresponde a lo que pienso.

FEDERICO

—Prefiero no hablar de ella. Ahora, ¿qué piensas hacer? Hace tiempo no trabajas.

SEBASTIAN

—Estoy esperando una resolución del Ministerio. Creo que me darán el contrato para el monumento a Teodoro Rafal. La maqueta que he enviado al concurso es algo completamente nuevo y perfecto. Tiene todo el ritmo, toda la medida...

ESCENA IV

(Mientras Sebastián habla, entra Dilse con una cafetera y pocillos en un azafate y lo coloca sobre la mesita al lado del sofá. Federico se pone de pies y vigilando toma a Dilse por los hombros y emocionadamente la besa en los cabellos.)

SEBASTIAN

—... la armonía que no alcancé a lograr en “Las fuerzas de la creación”. Sin embargo, creía que aquella sería mi obra maestra. Cuando fue premiada me pareció poco. Yo pedía más... exigía más... Dilse fue entonces la persona más popular y eso me llegó a atormentar... La gloria era toda mía y ella me llenaba por dentro y por fuera... me quitaba parte de lo que mi inteligencia había hecho.

FEDERICO (teniendo a Dilse y contemplándola).

—Estabas aún muy joven.

SEBASTIAN

—Quizá. En todo caso fue un gran momento. Luégo vino la insatisfacción.

FEDERICO

—¿No era suficiente gloria tenerla allí, siempre en tus ojos?

SEBASTIAN (riendo).

—¿Recuerdas cuando la traje? Estaba enredada con un ladrón. Un mes después de que el tipo fuera a la cárcel ella se dedicó a la ratearía de menor cuantía. Pero si yo hubiera sido tú, la habría tenido una noche. Claro que pensé y entendí su belleza y puedes verla ahora...
(*Ditse se fuga avergonzada.*)

FEDERICO

—He podido verla, sí. Tu estatua tuvo un buen sentido. (*Va a la pared donde está la fo-*

tografía de la estatua.) De un lado, las cosas de la tierra en plena florecencia, del otro, las fuerzas celestes. Lo temporal y lo eterno y ella sosteniéndolo todo, como el tránsito entre la creación y la destrucción... Verdaderamente fue un acierto.

SEBASTIAN

—¿Crees que hubiera podido hacerlo si me hubiera dejado llevar por eso que tú llamas el lobo en la oscuridad? Ahí tienes el caso del pequeño pintor Téllez. Su modelo tiene ahora cuatro chiquillos flacos y brutos. Y él se ha dedicado a pintar avisos en las paredes. Yo acabaría haciendo maniqués. (*Llaman a la puerta; Federico abre; entregan una nota.*)

FEDERICO

—Una carta para tí.

SEBASTIAN

—Léela.

FEDERICO

—Es del Ministerio. Mejor léela tú.

SEBASTIAN

—Tengo las manos sucias de barro.

FEDERICO (abre la carta y lee).

—Se refiere a tu proyecto.

SEBASTIAN (saliendo lentamente y sonriendo).

—Estoy seguro de que me darán el contrato. ¿Es cierto?

FEDERICO (tristemente).

—Cierto. Horriblemente cierto.

SEBASTIAN

—¿Por qué horriblemente cierto?

ESCENA V

(Dichos y Dilse)

(Dilse entra y mirando temerosa, pregunta:)

DILSE

—¿Ha sucedido ya?

FEDERICO (agobiado, mueve la cabeza afirmativamente).

—Ha sucedido... Ahora tú tendrás tu turno. *(Tocan a la puerta.)*

ESCENA VI

(Dichos y Bernardo)

Bernardo es un hombre de cuarenta y cinco años, un poco jorobado, con la cara desfigurada. Entra portando un cuadro. Al abrir la puerta trata de ocultarlo.

BERNARDO

—Creo que no importuno. ¿Verdad?

SEBASTIAN

—En absoluto. Adelante.

BERNARDO

—Oh. También está aquí el poeta... Tanto mejor. Y Dilse...

SEBASTIAN

—Estos dos estaban entristeciéndose mutuamente por algo que ha sucedido.

DILSE (cariñosamente).

—Entra Bernardo. ¿Traes algo nuevo? Ven a sentarte aquí.

FEDERICO (con curiosidad)

—¿Un nuevo cuadro?

BERNARDO (sentándose en el diván).

—Aún huele a aceite y trementina; es un olor delicioso, ¿no es cierto?

FEDERICO

—Me agrada el olor de los estudios de los pintores. ¿A qué escuela pertenece tu último cuadro?

SEBASTIAN

—A ninguna. ¿Cree usted que las cosas que están fuera del arte pueden estar dentro del arte? A no ser que el lobo en la oscuridad encuentre de repente el deslumbramiento del día.

BERNARDO

—No es necesario pertenecer a ninguna escuela para pintar.

SEBASTIAN

—Desde luego. Lo único que hay que hacer para pintar es pintar.

DILSE

—Por favor, Sebastián. ¿Es necesario hablar así?

SEBASTIAN

—¿Es necesario tolerar tales cosas? Conozco las obras de Bernardo, pero... Está bien, si es un favor que lo feo y lo malo tomen sitio en el mundo, está bien, Dilse, está bien: no diré una sola palabra más. (*A Bernardo irónicamente.*) Tenga usted la bondad, maestro, de descubrir su obra, les dará un gran placer.

BERNARDO (tímidamente desenvuelve el cuadro que trae).

—Es decir... Yo no quiero molestar, Sebastián... Sólo quiero saber... Míre usted. (*Muestra el cuadro que es vago y defectuoso.*) Quiero expresar la miseria del campo. Este hombre que se recoge aquí, contra la tierra...

SEBASTIAN (no se puede contener pero dice lentamente).

—De manera que ahí ha pintado usted un hombre. Bien. Y ese hombre se recoge contra la tierra. ¿No es eso lo que quiere decir? Dígame una cosa: (*comienza a pasearse por la habitación.*) ¿Se ha detenido usted a pensar lo que significa un hombre? Ha pensado usted la cantidad de belleza que encierra el sér humano para el artista? ¿Ha pensado lo que es la tierra, lo que son sus fuerzas, sus dimensiones, sus formas?

BERNARDO

—He tratado, Sebastián... he tratado... ¿A usted no le parece? (*Va hacia Sebastián y lo toma por los hombros.*) No le parece a usted que hay allí algo, algo?... (*Ante la indiferencia de éste, va hacia Dilse que le sonríe y luego, con angustia va hacia Federico.*) ¿No es algo lo que hay allí? He trabajado duro, días, noches interminables; he pensado, corregido, vuelto a pensar y corregir. Hace dos días creí que estaba terminado. (*Dirigiéndose a todos.*) Pero si ustedes creen que debo aún darle un retoque o corregirle algo que esté demasiado mal... Yo creo que podría trabajar unas semanas más, quizá unos meses más... Tú dirás Sebastián... tú, Federico.

FEDERICO

—Todo intento es valioso. Además, yo encuentro aquí elementos bien ordenados. El

color está técnicamente tratado, es agradable. Se ve que Bernardo ama su arte, lo siente...

SEBASTIAN

—Hasta cuándo. El arte ni se ama ni se siente. Se hace con inteligencia, con entendimiento, con el don de creación... (*Poniéndose el abrigo.*) Creo que puedo llegar a tiempo para hablar con el Ministro. Quedan ustedes con la belleza flotando como un fantasma. Pero, por favor, Dilse, que no vaya a asustar a mis estatuas. (*Sale.*)

ESCENA VII

BERNARDO (se sienta desconsolado en el sofá).

—Yo no sé qué debo hacer... Me siento perdido, confundido. Cada vez que hablo con Sebastián me siento miserable, inútil... Como una rata en un tarro sucio. Díme, Federico, ¿no es un poco cruel?

FEDERICO

—A veces llego a odiar hasta la última gota de mi sangre a Sebastián. Es frío como una daga.

DILSE

—Si me permites decírtelo, a veces yo también le odio. Le temo, le respeto y le odio. Cuando me coloca en el estrado para modelo, me trata con menos humanidad que tú. Bernardo, podrías tratar una botella o un trapo al arreglar un bodegón. Me siento miserable y envilecida. Más miserable y vil que cuando robaba para comer.

BERNARDO

—Creí que eso lo sentía yo, solamente. Pero lo sentimos todos. Sentimos el peso, la

frialdad, el dominio de su inteligencia que mira como un lente fijo e inclemente. ¿Podré yo hacerle sentir dolor, o amor o piedad alguna vez?

DILSE

—Se enfrió el café. Lo calentaré de nuevo. ¿Quieres una taza, Bernardo?

BERNARDO

—Gracias, Dilse. Gracias. No hagas por consolarme. Deseo morir. Nada logro. He fracasado.

DILSE (palideciendo, pone los pocillos de nuevo sobre la mesa y se queja llevándose las manos al vientre).

—Nadie. Nadie le hará sentir. Aquí está sembrado su frío; como un árbol de hielo, como una flor de escarcha, me crece y me mata.

FEDERICO

—Dilse. Reposa. ¿Estás segura ya?

DILSE

—Segura. Me llena las venas, se me asoma a los ojos, a las manos, a los labios.

BERNARDO (acercándose).

—¿Te sientes mal?

DILSE

—Ya está pasando. No me siento mal. Sólo un poco triste.

BERNARDO

—Tristezas de mujer.

FEDERICO

—Dulces tristeza de mujer. Tristezas únicas de mujer.

BERNARDO

—¿Qué quieres decir?

DILSE

—No hay porqué preocuparse.

BERNARDO

—Pero... díme. ¿Es algo serio? ¿Algo irreparable?

FEDERICO

—Afortunada o desgraciadamente, sí.

BERNARDO

—Algo que comienza.

DILSE

—Pero con su seguridad de hielo.

BERNARDO (meditabundo).

—De manera que... Ni la vida le ha hecho sentir... Ni la luz hecha en las entrañas de Dilse le ha iluminado... Quizá la muerte. Es posible que la muerte le abra los ojos con sus uñas voraces, que le desgarré las vendas como los velos del templo. Que la vida no pudo hacerlo con sus tallos de júbilo. (*Coge el cuadro y como en estado de embeleso sale sin despedirse mientras Federico alivia a Dilse.*) Si alguien muriera por su culpa... ¿Sucedería el prodigio? Sus frías estatuas, ¿serían vivas?

FEDERICO

—Aguarda.

BERNARDO (deteniéndose)

—Iba pensando...

DILSE (levantándose).

—Deja eso de pensar, ya estoy bien; ahora

les daré café caliente. Café caliente. Espera, Bernardo.

BERNARDO

—No. Me voy ya. A veces es necesario estar solo. Exageradamente solo. Horriblemente solo, para sentir si uno puede o no servir de algo. (*Sale.*)

ESCENA VIII

FEDERICO

—Y nada le has dicho.

DILSE

—¿Para qué? Le vería poner en mí sus ojos lentos y fijos para decirme que no tengo derecho a ello. Que no tengo derecho a nada más que a ponerme en el estrado y estar allí, rígida, inerte.

FEDERICO

—Es necesario que lo sepa. Yo se lo diré. (*Amorosamente*). Dilse. Has pensado lo que podría suceder si...

DILSE

—Ya que no fue así, cálla. No me hagas pensar con el corazón. Cuando te acercas a mí, toda mi sangre recibe tu maravilla. Siento fuerzas y poderes en tibia exaltación crecer en mis venas. Los ojos se me llenan de claridad. Ah. Por favor... Ya nada puede ser.

FEDERICO

—Ahora te obligaré a trabajar día y noche, tendida sobre el suelo, o de pie en la tarima sosteniendo el mundo con los brazos en alto. Irás al médico.

DILSE

—Silencio. Ahora es necesario un eterno silencio. El silencio de la vida que crece, que se levantará para mirar tus ojos.

(Entra Sebastián y encuentra a Federico y a Dilse en esta escena. Se detiene en la puerta y dice):

ESCENA IX

SEBASTIAN (indiferente).

—Se ha hecho el contrato, Dilse. Comenzaremos a trabajar mañana mismo. Me dan un año de plazo para entregarlo. Habrá figuras de mármol y de bronce. (*Federico y Dilse cambian miradas de espanto.*)

SEBASTIAN

—¿Recuerdas las posiciones? Hay cuatro. Cada una nos llevará unos tres meses de trabajo. Habrá que conseguir una buena figura masculina. ¿Recuerdas a aquel joven universitario? Podrás ir mañana a buscarlo. (*Esto lo dice mientras se quita el sobretodo. Enciende un cigarrillo y fuma.*) Pasemos al taller. Recordaremos un poco mientras es hora de comer. (*Va hacia el taller.*)

FEDERICO (deteniéndole).

—Dilse no trabajará más contigo.

SEBASTIAN (extrañado).

—¿Crees eso? ¿Desde cuándo dispones de nuestro tiempo? (*A Dilse.*) Vén. Puedes hacerlo ahora con esa misma ropa. Tú qué sabes.

FEDERICO

—Lo sé. Pero no trato de disponer de tu tiempo. Busca otra modelo.

SEBASTIAN

—¿Otra modelo? ¿La has enamorado? Podrán dejar eso para después. (*A Dilse.*) Tendrás tus vacaciones de reglamento cuando terminemos. Un mes completo. (*Dilse apoya la frente contra un muro.*)

FEDERICO

—¿Cuándo abrirás los ojos del corazón?

SEBASTIAN

—Cuando no me basten los de la cabeza. Dilse. Tengo especial interés en esta obra. Será una obra perfecta si los cálculos no me fallan.

FEDERICO

—Dilse espera un hijo.

SEBASTIAN (fríamente).

—¿Tuyo?

FEDERICO

—Tuyo.

SEBASTIAN (de pie en mitad del escenario)

—No soy de los que hacen hijos como los lobos en la oscuridad.

FEDERICO

—Es posible que no hagas un hijo como los lobos en la oscuridad, pero los lobos saben lo que hacen y hallan su camino. (*A Dilse.*) Díselo tú.

DILSE (volviendo la cara)

—Es verdad. No tuve yo la culpa.

SEBASTIAN

—¿Quién entonces?

DILSE

—Tú. Estabas ebrio. Hace dos meses.

SEBASTIAN

—Aprovechaste el momento.

FEDERICO

—Sebastián... Un poco de amor. Ya lo has hecho.

SEBASTIAN (para sí).

—Es posible. ¿Cuándo podré evitar tanta depravación? (*En voz alta.*) Día tras día pensando en mi perfección y de pronto esto. Este horror.

FEDERICO

—No es un horror. Piensa.

SEBASTIAN

—Necesito a Dilse en perfectas condiciones para ejecutar el monumento. Hay que destruir todo lo demás. (*Dilse huye con la cara entre las manos.*)

FEDERICO (viéndola alejarse entre las figuras del taller).

—Pasarás sobre mi corazón.

ACTO SEGUNDO

ESCENA 1

(Dilse sola, arregla unas flores mientras recita en voz baja.)

Un caracol verde
tirado en la playa
el mar se lo lleva
de noche y lo pierde.

El aire y el mar
irán par a par.

Un árbol de bruma
y otro de cristal,
la luna irá en medio
seca de llorar.

SEBASTIAN (desde dentro).

—¿Qué tonadilla es esa?

DILSE

—Una canción popular.

SEBASTIAN

—¿Es una nueva entretención?

DILSE

—Es una canción antigua. La aprendí antes de aprender a leer.

SEBASTIAN

—Imagino que la cantas para matar el tiempo...

DILSE

—Es posible.

SEBASTIAN

—Pronto tendrás ocho horas diarias de trabajo. Cuando termine estos bocetos. Entonces las canciones las diré yo pero mentalmente para no molestarte.

DILSE

—No me molestan las canciones.

Me pondrás un traje
de simple sayal.
Me atarán las trenzas
y me llevarán
sin flores abiertas,
sin peces, sin más
que mi piel ceñida
de blanco metal.

Niña de mis ojos
clara como el sol,
iré por la vida
llevando el amor.

SEBASTIAN

—También yo tuve infancia y canciones:

Dónde irá el caballo,
el agua del mar,
dónde irán mis sueños...

la he olvidado, por fortuna.

DILSE

—Respecto al trabajo...

SEBASTIAN

No discutas. Te prohíbo que trate ese punto. Ya sabes cuál es mi determinación.

DILSE (estrujando una flor contra los labios).

—¿Podrá ser posible?

SEBASTIAN

—Posible, ¿qué?

DILSE

—Nada. Nada. ¿Ves? Todo es nada. Como si de repente un ácido corroyera mis entrañas. Estoy llena de miedo.

SEBASTIAN

—De ignorancia, dirás. ¿Qué otra cosa puede ser el origen del miedo?... Estás llena de ignorancia.

DILSE

—De pobreza, mejor, de miseria. Toda la miseria que tú arrojas para ser más puro. La que te falta para ser hombre yo la recojo. Me sobra miseria para ser mujer.

ESCENA II

(Dilse y médico. Luégo Sebastián.)

MEDICO (entrando).

—Señora...

DILSE

—Señorita.

MEDICO

—Usted perdone. He recibido una llamada y como mi especialidad...

DILSE

—¿Quién le ha llamado?

MEDICO

—El maestro, Sebastián... Eslava.

DILSE

—Siga usted. Siéntese.

SEBASTIAN (saliendo).

—Siga usted, doctor. (*A Dilse*). Déjanos.

DILSE

—Si necesitas algo... (*Sale.*)

SEBASTIAN

—Te llamaré. (*Pausa.*)

MEDICO

—Estoy a sus órdenes.

SEBASTIAN (*paseándose lentamente.*)

—No sé cuáles sean sus ideas, doctor.

MEDICO

—¿Respecto a qué?

SEBASTIAN

—A ciertos problemas que pueden presentarse. Verá usted. Tengo necesidad imperiosa de utilizar a una mujer como modelo en una obra que tengo entre manos. Y... se halla en estado...

MEDICO

—En lo que pueda servirle.

SEBASTIAN

Se trata de evitar que el asunto prospere. ¿Me comprende? (*Pausa. El médico se levanta de la silla con lentitud y camina por la habitación. Mira luego a Sebastián.*)

MEDICO

—¿Quién le indicó mi nombre?

SEBASTIAN

—Traté de encontrar a alguien que me ayudara.

MEDICO

—Hace años asistí a alguien que había caído en manos de un médico, Señor. (*Recor-*

dando con espanto.) Era una muchacha de veinte años. La habían destrozado y se moría de angustia y de dolor. Tenía el rostro pálido y los labios cenicientos. No podía ya decir ni una palabra.

SEBASTIAN

—Se puede olvidar. Hay cosas necesarias.

MEDICO

—Yo me puse a atenderla. Traté de salvarla y lo logré. Un año después me casé con ella. Sólo así pude despejar su mente y poner en orden su vida. Creí que moriría; su espíritu no podía soportar ya los recuerdos.

SEBASTIAN

—Se puede cegar. Cegar todo lo que no sea la belleza, lo que se oponga a su imperio.

MEDICO

—Qué cosa más rara. Verdaderamente es raro que las personas que apenas se conocen, lleguen, por lo menos una de ellas, a entender tan seriamente lo que le sucede a la otra.

SEBASTIAN (con indiferencia).

—¿Qué va usted a decir?

MEDICO

—Nada, por fortuna. Creo que no tengo nada que decir. Usted hará lo que desea. Lo he sentido. Si usted me dejara le explicaría lo que se siente la primera vez que se ve un bisturí, que se tiene delante su frío, su brillo, su filo certero que se puede usar para el bien o para el mal. (*Toma su sombrero y hace ademán de irse.*)

SEBASTIAN

—¿Se marcha y no va a hacer nada?

MEDICO

—He hecho lo que debo hacer. Buen día, señor maestro. (*Vase*).

ESCENA III

Sebastián solo, da vueltas por el cuarto. Se sienta, medita. Entra al estudio y se le ve hacer esfuerzos para trabajar en los bocetos. De repente entra al salón un hombre vestido de negro que se para en la mitad del escenario. Es muy parecido a Sebastián pero más delgado y pálido. Se queda mirando el cuarto y las paredes. Va hacia la fotografía de la estatua y la contempla un rato. Hace un ademán de indiferencia encogiendo los hombros. Luego ve a Sebastián en el taller y se le acerca con una pasmosa lentitud. A medida que él se acerca, Sebastián va volviendo la cabeza. Cuando las miradas se encuentran, ambos quedan quietos un momento hasta que Sebastián se levanta también con una impresionante lentitud y viene hacia el hombre. Se quedan frente a frente. Sebastián le mira el rostro un instante con especial curiosidad y luego, sin decir una palabra, va a sentarse en el diván, meditativo. El hombre no se mueve. Después dice:

SEBASTIAN

—Espero que haya usted venido para bien.

HOMBRE

—Para eso, exactamente.

SEBASTIAN

—Mis fracasos.

HOMBRE

—Sólo yo los conozco.

SEBASTIAN

—Si supiera al menos de dónde ha salido, quién le ha enviado.

HOMBRE

—¿Recuerda usted cuando nos encontramos por vez primera?

SEBASTIAN

—Tendría yo dieciséis años. Se trataba de vender o no mis títulos, y usted apareció.

HOMBRE

—Y usted vendió los títulos, con ellos sus posibilidades de viajar, de hacerse millonario...

SEBASTIAN

—Rico, solamente.

HOMBRE (volviéndose).

—Bueno... pero el caso es que usted hubiera sido así, un buen hombre, un burgués; quizá estuviera negociando en ganados o en carnes frías.

SEBASTIAN (poniéndose en pie).

—O en Europa, en medio de todos los genios.

HOMBRE

—Es poco probable. (*Pausa*). La segunda vez usted me vio cuando iba a casarme con aquella muchacha a quien amaba tan entrañablemente.

SEBASTIAN

—No la amaba, quiero aclarar.

HOMBRE

—¿Qué era aquello entonces?

SEBASTIAN

—Cosas de juventud.

HOMBRE

—Conforme. Tampoco se casó usted y ahora ella está muerta. Bien muerta. ¿Recuerda usted?

SEBASTIAN

—Con todo detalle.

HOMBRE

—Fue en el Ferrocarril del Oeste el 21 de septiembre, hace tres años.

SEBASTIAN

—Todos fracasos.

HOMBRE

—Usted seguramente habría viajado en el mismo tren.

SEBASTIAN

—No tendría hoy estas complicaciones; es decir, no tendría Dilse estas preocupaciones.

HOMBRE

—Quiero dejar constancia de que las veces anteriores me limité a pasar muy cerca al lado suyo. Nuestros ojos se encontraron pero jamás nuestras palabras.

SEBASTIAN

—Ni siquiera sabía cómo era su voz. A veces creí que era usted mudo o loco.

HOMBRE

—Tan mudo como usted, tan loco como cualquiera.

SEBASTIAN

—Me imagino que si tiene usted voz tendrá también un nombre.

HOMBRE

—Es muy seguro. Yo a veces me lo he preguntado. (*Toma un libro que hay sobre la mesa.*)

y lo hojea.) No se ha figurado que puedo ser una parte de usted, ¿por ejemplo? ¿O una manera de ser, o un síntoma, o una señal? En fin, lo del nombre no importa.

SEBASTIAN

—Me he acostumbrado a que usted aparezca cuando debe sucederme algo.

HOMBRE

—Entonces acerté. Hoy caminaba inadvertidamente por la carretera subiendo la colina y de pronto pensé que usted debía necesitar mi ayuda o mi presencia. Eso está claro. Sé de qué se trata y le vengo a decir que usted está en lo cierto. No ceje, no retarde su actitud, no espere. Cada día será peor, cada noche más triste, cada hora una menos en su misión sobre la tierra. Ella le pertenece y usted debe defenderse de todo. (*Se oyen unas campanadas distantes y luégo unos coros de niños alegres.*)

(*Dilse entra corriendo iluminada de júbilo.*)

ESCENA IV

DILSE

¿Oyes? ¿Oyes?... Bajan por la colina centenares de niños. Vienen desde lo alto vestidos de colores y cantando. (*Sin reparar en el extraño se acerca a la puerta y escucha.*) Ya están aquí; escúchalos. Bajan corriendo como pájaros jubilosos. ¿Oyes? Se han detenido un poco junto a mi puerta. (*Al volverse ve al hombre y retrocede horrorizada. El hombre saluda inclinando la cabeza.*)

—¡Oh! Perdón, estás ocupado. Qué torpe. (*Cambiando de actitud.*) ¿Pero oyes? ya se alejan. (*Ante el silencio y la indiferencia de los hombres, comienza a retroceder mirando*

alternativamente a la puerta y a los personajes, hasta desaparecer. Hay un silencio hasta cuando ya no escuchan las voces de los niños.)

ESCENA V

HOMBRE

—Es menester, entonces.

SEBASTIAN

—No sé. No sé.

HOMBRE

—He de volver cuando sea necesario.

SEBASTIAN (se acerca al muro de la fotografía, luego va a la puerta del taller y dirigiéndose al hombre, que ha salido sin que él lo advierta, dice):

—Es verdad.

ESCENA VI

SEBASTIAN

—El arte vencerá todos los obstáculos, penetrará todas las tinieblas, conmoverá los montes y detendrá los ríos. Volará sobre los vientos y descenderá al seno de los mares. Nada habrá oculto para sus ojos, nada prohibido para sus manos. Y yo... ninguno de estos imbéciles se han dado cuenta de que yo he venido a la tierra a eso. He venido como un enviado de las fuerzas, de los poderes, de los mágicos dones del espíritu para vencer todo obstáculo y si es necesario extender los brazos sobre el mundo hasta desangrarme en la oscuridad, frío y solo, desnudo en los ropajes de la última luz.

(Tocan a la puerta.)

SEBASTIAN

—Entre, éntre quien sea.

(La puerta se abre y entra una mujer bella y plena de juventud y de gracia. Mira alrededor y luego saluda a Sebastián.)

MUJER

—Usted perdone...

SEBASTIAN (mirándola asombrado por su belleza y por lo inesperado de su visita).

—¿En qué puedo servirle?

MUJER

—Me han dicho que necesita usted una modelo. Me agradaría trabajar con usted. He sido contratada por Luigi, y he trabajado también con Emilio Berge. ¿Le interesa ver mis medidas? (*Saca de la cartera unos papeles y se los entrega a Sebastián.*) Está toda mi documentación y algunas fotografías.

SEBASTIAN

—Siéntese usted, por favor. (*Mira un momento los papeles, ya recobrado de la sorpresa. Después de una pausa dice*): La documentación no me interesa. Por el momento tengo una modelo que me ha acompañado desde hace varios años y... le prometo a usted que no he logrado trabajar con otra. Llámeme usted costumbre o necesidad, o como usted quiera. El hecho es que no puedo acomodarme... Además los proyectos están hechos sobre ella y...

MUJER (muy alegre y confiada).

Conozco la maqueta que usted presentó al concurso. Yo serví para los proyectos de Gordon. Si usted no me cree una adúladora, le diré que el suyo está más acorde con mis posibilidades. ¿Quiere usted que pasemos al taller?

SEBASTIAN

—No tengo interés por el momento. Espero sólo que se solucione un pequeño contratiempo y comenzaré a trabajar seguramente a fines de semana con mi modelo. Usted disculpe... (*Le entrega los papeles. Ella los toma y mientras los guarda en la cartera, Sebastián se queda meditando y dice para sí*): Podría ensayar. Sería una salvación para mí, para Dilse, para el arte, para todos. Es una oportunidad. Parece que tiene las mismas medidas de mi modelo. (*Luégo, dirigiéndose a la mujer, le dice*): ¿Dice usted que ha trabajado con Emilio Berge?

MUJER

—Sí, hace tres años trabajé con él en California. Llegó a creerme indispensable. Yo le probé que no era así, presentándole a una amiga mía. ¿Conoce usted el conjunto de “La boda de la mestiza”?

SEBASTIAN

—Una bella obra. Un poco tumultuosa pero bella.

MUJER

—La figura central soy yo.

SEBASTIAN (tomando una resolución, pero tan fríamente como hace todo).

—Pase usted. El taller está allí.

(Entran al taller y Sebastián corre la cortina. Hay un momento en que el escenario queda solo. Se oye la voz de Dilse que recita adentro:

Hoy son azahares,
mañana leche y miel.
Hoy fríos desvelos,
mañana también.

Entra en escena vestida con un traje negro largo y sin talle. La acompaña una mujer vestida de harapos medio tapada por un paño oscuro que no le deja ver la cara.)

ESCENA VII

MENDIGA

—Es temible encontrarse con él.

DILSE

—No lo es tanto. Basta acomodarse a su voluntad. El sabe siempre lo que debe hacerse. La gente no le entiende. Es como un dios encarnado, como una fuerza sobrenatural.

MENDIGA

—Le temo. He pasado horas de angustia en la cocina. Mientras comía pensaba qué podría suceder si me encontrara allí. Nada tengo de bello, nada que pueda hablarle a su cabeza.

DILSE

—A veces es tierno como un niño:

MENDIGA

—Tierno como un niño, sólo hay otro niño: Ya lo verá usted. Ya verá cuánta dulzura hay en un niño.

DILSE (tristemente).

—Yo me pertenezco a otra cosa. Yo soy como sus cinceles o su barro. ¿Tienen ellos derecho?

MENDIGA

—Usted es mujer.

DILSE

—Antes de conocerlo.

MENDIGA

—Ahora más que nunca.

DILSE (tristemente).

—Cada uno tiene su papel, cada uno su sitio. El mío es allí, subida en la tarima, quieta y llena de gozo al verlo trabajar. A veces pienso que ese es el verdadero amor. ¿Qué importa que él nunca piense en mí así? Al fin y al cabo soy necesaria. El amor tiene tantas formas... No son los besos... No son los momentos de júbilo... no...

MENDIGA

—Usted dice...

DILSE

—Yo creo. Es necesario dejarlo todo, olvidarlo todo. Aún... ¡Oh, cómo duele!... Cómo duele...

MENDIGA

—Temo que salga. ¿Está trabajando?

DILSE

—No creo. Nunca puede trabajar sin mí. Estará pensando, solo pensando. Eso sí puede hacerlo sin mí.

MENDIGA

—Ya me voy. Gracias por la comida. (*Saca de debajo de los harapos un caballito colorado con ruedas y lo pone encima de la mesa. Lo contempla un momento. Dilse trata de cogerlo pero retrocede como ante un peligro. La mujer dice*): Me lo ha dado una señora. Es lindo. Pero no tengo a quién dárselo. Si algún hombre se hubiera fijado en mí y me hubiera hecho algo... aunque hubiera sido borracho.

DILSE (tapándose la cara).

—¡No! ¡Así no! ¡Así no!... (*Se serena.*) Es decir...

MENDIGA

—Déjelo usted para cuando él lo pueda usar. (*Acentúa la palabra él, y sale.*)

Dilse sola da vueltas alrededor del caballito sin atreverse a tocarlo. Se retira y se acerca:

Caballo colorado
mal parado.
Caballo rojo
entre el abrojo.

Lo toma, lo coloca en el suelo y llevándolo de la cuerda le da una vuelta a la habitación. Aparece Sebastián por la puerta y ella retrocede como si estuviera comiéndose una falta. Él mira friamente. Tras él sale la mujer *arreglándose* el traje. Dilse la mira y se agacha avergonzada, deja el caballito y retrocede hasta la puerta de fondo, y se queda allí parada, mientras la mujer se dirige a la de la calle, y dice):

MUJER (a Sebastián).

—Me dará usted la definitiva mañana.

SEBASTIAN

—Sí, mañana.

(La mujer sale. Sebastián no repara en el juguete y se sienta en una silla, toma un libro y comienza a hojearlo. Dilse avanza hacia él y arrodillándose a sus pies con humildad, dice):

DILSE

—Ya no sirvo...

SEBASTIAN

—Servirás como antes.

DILSE

—Tengo al menos la esperanza de volver a ser feliz.

SEBASTIAN

—Quién puede saber lo que es la felicidad. Yo al menos no la conozco. Cada paso que doy hacia la consecución de la belleza me abre nuevos abismos que creo insalvables y lo que creí felicidad me hace más infeliz aún. ¿Pero sabes

tú, Dilse, lo que es sentirse con algo de Dios adentro, aquí en la cabeza, saber que se es misionero de algo inmenso y ser al tiempo pobre de todos los medios para dar la medida?

DILSE

—No lo sé. Yo sólo sé que puedo serte útil.

SEBASTIAN

—Si lo sabes, dí, ¿por qué dejaste que eso sucediera? ¿Por qué me alejas así de mi destino? ¿Por qué me quiebras el camino como un tajo de sombra?

DILSE

—No, yo no quiero ser eso. Quiero, por el contrario, ir como una pequeña luciérnaga en tu pie aunque sé que la claridad de tu cerebro todo lo ilumina. Dime qué debo hacer para ser ese gusano de luz, para volver a estar en la tarima quieta, rígida, mientras tus manos hacen la perfección.

SEBASTIAN (levantándose).

—Ya tendrás tú que dejar que te hagan.

(Entra Federico.)

FEDERICO

—Hola.

SEBASTIAN

—Hola.

DILSE (se pone en pie y se sienta luego en el diván).

—Hacía tiempo no te acercabas.

FEDERICO

—¿Cómo van las cosas? He visto salir a la modelo de Berge. La encontré al subir. Espero que todo esté arreglado.

SEBASTIAN

—Bien sabes que no es posible. Dilse ha aceptado las cosas con raciocinio.

FEDERICO (acercándose a Dilse).

—No lo has hecho.

(Dilse queda en silencio.)

SEBASTIAN

—¿Qué sabes tú de lo que significa el arte, poeta llorón?

FEDERICO

—Asesino.

SEBASTIAN

—Obro por la historia y por los hombres que vendrán después de mí. Es necesario ser Dios totalmente para poder arrojar a Lucifer del paraíso.

FEDERICO

—¿Con qué derecho dices tú esas cosas? Un hombre que ha pasado la vida sin el menor contacto con el pueblo, sin la menor preocupación por la desgracia, ni el dolor, ni la miseria de la humanidad. ¿Cuándo has tomado contacto con los desposeídos, con los hambrientos, con los hombres de las fábricas o los campos?...

SEBASTIAN

—Cada hombre en su sitio. Los obreros en sus fábricas, los campesinos en sus campos, los miserables en... en los asilos de indigentes... Los enfermos en los hospitales... y yo...

FEDERICO (irónico)

—Sentado en una nube tocando el arpa.

SEBASTIAN

—Ridículo.

FEDERICO

—Exactamente. Si no se quiere llamar criminal, la actitud tuya y de todos los que piensan en una forma igual, por lo menos hemos de llamarla ridícula. Qué sabes tú de los hombres. Con qué derecho te atreves a decir que eres artista. Eres a lo más un hacedor de monigotes sin alma. Mira. Mira esa estatua. Qué es eso. Qué tienen que ver la humanidad y la historia con eso. (*A Dilse, que escucha desde un rincón.*) No por ti. Tú caíste aquí, como hubieras caído en cualquier otro pozo oscuro.

SEBASTIAN

—Si tienes interés en llevártela, hazlo cuando termine la obra. Las mujeres... los hombres... todo es asco. Si la humanidad no hubiera elaborado el arte... qué sería de los hombres. Qué caos, qué suciedad sería si no hubiera trabajado siglos y siglos para encontrar la belleza, la norma pura... Hay que salvarlo de toda contaminación y sacrificarlo todo a su verdad.

FEDERICO

—Pura... Pura... (*Haciendo una mueca ridícula imitando la fotografía.*) Pura qué... El arte es arte, la pintura es pintura, la poesía es poesía sin calificativos. O es o no es. Y cuando es, es de la humanidad, le pertenece al pueblo, al hombre, y sólo puede hacerla el hombre que está metido en el corazón del pueblo. (*Pausa.*) Y el hombre es lo primero. Después el arte, la ciencia, lo que sea.

SEBASTIAN (ríe irónicamente.)

—Turbas anónimas haciendo arte. Los hunos invadiendo otra vez...

FEDERICO

—Has dicho bien... Qué caos sería la humanidad sin el arte. Pero cuál humanidad. Si tú no la conoces. Si eres capaz de sacrificar a un hijo por unas estatuas de mármol. Si eres capaz de... No quiero decirlo.

SEBASTIAN

—El arte es la suprema conquista de la razón humana. Los hombres pasan, mueren, se engendran en una noche de irresponsabilidad. Fabrica una estatua en una noche. Te desafío a que hagas eso...

FEDERICO

—Peleamos con armas diferentes. Cuando tú tengas en tu corazón el dolor y el amor de los hombres, podremos discutir. Entretanto, no permitiré que Dilse pase una noche más en tu casa.

DILSE (acercándose).

—¡No! Federico, no. Sebastián tiene razón. Yo debo...

FEDERICO

—Tú lo que debes es tener tu hijo como una mujer.

SEBASTIAN

—Y mi obra al diablo, ¿no?... Pues no lo permitiré.

(Llaman a la puerta. Sebastián abre. Entra un hombre viejo, vestido de gris. Saluda y pregunta):

HOMBRE

—¿El maestro?

SEBASTIAN

—Para servirle.

HOMBRE

—Vengo de parte del Ministerio.

SEBASTIAN

—Siéntese usted.

(Dilse y Federico están juntos en un ángulo mirando la escena. El hombre no repara en ellos.)

HOMBRE

—Se trata de su contrato sobre el Monumento a Rafael.

SEBASTIAN

—Dirá usted.

HOMBRE

—Desgraciadamente... Soy portador de una noticia desagradable.

(Dilse y Federico se miran.)

SEBASTIAN

—Puede usted decir de qué se trata.

HOMBRE

—Se ha reconsiderado el asunto y el Ministerio ha creído conveniente modificar en algo los resultados del concurso. En todo caso...

SEBASTIAN

—He obtenido el primer premio y creo que...

HOMBRE

—No se ponga usted nervioso. Es bien curioso. Mi cargo en el Ministerio es de psicología, ¿sabe? Yo soy el encargado de dar las malas noticias. ¿No cree usted, maestro, que en todas las instituciones de respeto debería

existir ese cargo? Un empleado especial para dar las malas noticias.

SEBASTIAN

—Si usted cree...

HOMBRE

—Sí, claro que lo creo. A mí me tocó convencer al Jefe de Personal. Pero cuando se dieron cuenta de la utilidad de mi empeño, me nombraron en seguida. Gano más que los mensajeros ordinarios. Usted comprende... Esto es cosa de psicología... Yo tenía un tío que era muy semejante a mí. Sentía un especial placer en dar las malas noticias. Ahí reside el secreto. Cuando una persona odia lo que está haciendo le resulta mal. Pero cuando uno ve crecer en el rostro de su contrario la ansiedad por saber la noticia... ¡Oh, qué placer!... Pero usted es demasiado serio. Los artistas en general me arrancan la cartera y se ponen a buscar llenos de frenesí, en el fondo de ella, la carta con la noticia...

SEBASTIAN

—Esos son los que dicen que todo es corazón...

(Federico da muestras de impaciencia.)

HOMBRE

—Y el artista qué es..... Es el hombre que ha descubierto su corazón y el de los otros... Pues bien, los artistas me arrancan la cartera, y como le digo, buscan allí y me rompen generalmente otros sobres que yo llevo preparados y que contienen papeles en blanco. Cuando llegan a la suprema desesperación, saco de mi bolsillo de pecho un sobre inmaculado, así... (*Saca un sobre*) y se lo entrego.

(Federico le arrebató el sobre y lo abre lleno de ansiedad. Saca un papel en blanco y al darse cuenta lo arruga y lo tira al suelo.)

FEDERICO

—En blanco. Caí en la trampa.

HOMBRE

—Le felicito. Aquí, el artista es usted.

FEDERICO

—Gracias. Pero entregue usted las noticias.

HOMBRE

—Son para el maestro. (*Con curiosidad.*)
Diga usted, ¿qué diferencia hay entre un maestro y un artista?

FEDERICO

—En este caso, una diferencia fundamental. (*Sebastián se muestra indiferente.*)

HOMBRE

—Bien, como decía, a mi tío le agradaba dar las malas noticias; a veces las inventaba. Yo hago lo mismo. Cuando la noticia apenas es regular la adorno mucho. Lo importante es ver el proceso psicológico y sentir la importancia de llevar un mensaje. En mi tierra mi tío tuvo fama. Hasta que dio con uno que debía ser muy artista; demasiado artista. La cosa fue que en vez de agarrarle la cartera, le agarró el cogote y lo rebulló hasta que... bueno. El entierro fue al día siguiente... y muy concurrido.

SEBASTIAN

—Le ruego a usted que dejemos esta conversación. Mañana pasaré por el Ministerio y me enteraré personalmente del asunto. Buen día. (*Se levanta y va hacia el taller. El hombre hace un gesto de nerviosismo.*)

FEDERICO

—Deme el oficio. Yo se lo entregaré.

DILSE

—Si usted quiere, puedo yo recibirlo. (*Muy amable.*) Ha sido usted tan bondadoso en traerlo.

HOMBRE

—Me rindo. Aquí tiene. (*Saca del forro del sombrero un sobre cerrado.*) Me habían dicho que era un gran artista y estaba dispuesto a llegar hasta allí. (*Señala el forro.*) Pero veo que no es sino un maestro. (*Despectivamente.*) Yo estoy acostumbrado a los artistas. Y a veces... me doy mis copas... También yo tenía un tío que... Bien. Buenos días. (*Sale.*)

ESCENA X

DILSE (yendo a la puerta del taller).

—Aquí está la nota del Ministerio. ¿Quieres que la abra?

SEBASTIAN (desde dentro).

—Pónla sobre la mesa. Ya voy.

(Dilse coloca la carta sobre la mesa, y ella y Federico se quedan mirándola un momento y luego comienzan a pasearse cruzándose por la habitación.)

SEBASTIAN (sale del taller).

—Qué silencio. ¿Dónde está la elocuencia de hace unos minutos?

FEDERICO

—Está ahí, metida en ese sobre. Toda la elocuencia puede meterse en un sobre y sellarse con un poquito de goma.

DILSE

—Ha dicho que es una mala noticia. Abrelo, por favor.

SEBASTIAN (toma el sobre).

—¿No dices que por los sentidos se saben todos los secretos del mundo? Bien, Federico, poeta de la plebe, huele y me dices lo que está escrito. ¿Para qué aprender a leer? Qué tontería. Llama a uno de tus obrerillos ignorantes y ni aún con el sobre abierto, con las letras delante podrán saber lo que dice una carta. Una carta simple, escrita a máquina, claramente donde la “a” es “a” y la “b” es “b”. Y hay que hacer arte para ellos. Para que ellos lo juzguen... Para los depravados, los criminales, los ignorantes, los mendigos, los labriegos...

FEDERICO

—Un día vendrá la luz a tu corazón. Tú eres inteligente. Yo te he admirado. Yo he tenido la esperanza de que llegaras a ser un hombre. Primero se es hombre, luego artista. No hablemos de esto. Abre la carta.

SEBASTIAN

—Qué impaciencia. Parece que se tratará de cosa propia. No tomes las cosas de los otros tan a lo propio. Piensa que no pueden ser sino dos noticias: la primera podrá ser que me han quitado el contrato; cosa muy buena para ustedes dos. La segunda, que el monumento ha de estar terminado antes de lo indicado, cosa muy buena para mí. De todas maneras la noticia será buena para unos o mala para otros. ¿Qué urgencia hay? (*Sentándose.*) Pero la abriré ya porque te envenenará la cantidad de adrenalina que has segregado en estos minutos. ¿Sabes? La adrenalina embota el cerebro y cansa los músculos. Es tan perjudicial como las drogas y las bebidas alcohólicas. Y la llevamos dentro. (*Entre tanto abre la carta lentamente y la lee.*) Ya ves: lo que yo dije.

FEDERICO

—¿Qué?...

DILSE

—Dílo.

SEBASTIAN

—Que el monumento ha de estar terminado dentro de seis meses. Buena para mí. Mala para ustedes. Dilse. Tendremos que comenzar mañana mismo.

DILSE (sobrecogida).

—Entonces visitaré ahora al otro médico.

SEBASTIAN

—Hoy mismo. Yo tengo que hacer los arreglos de materiales. (*Toma el sombrero y se dirige a la puerta y desde allí le dice a Federico*): Quedas en tu casa. Y espero que algún día entenderás...

(Federico le mira irse y quiere encontrar luego a Dilse que ha salido por la puerta del fondo. Va hacia allí y se detiene gritando hacia el interior):

FEDERICO (angustiado).

—¡Dilse!... ¡Dilse!... No destruyas tu alma. Sálvala de las sombras. ¡Dilse!... ¡Tu puesto está al lado del de todas las mujeres de la tierra!... Si es necesario destruirlo todo, ¡que el fuego y el agua y el viento lo destruyan!... Si es necesario, ¡que tu hijo sea el primer hombre y que todo lo demás desaparezca!

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

ESCENA I

El mismo escenario de los anteriores, pero sucio y abandonado. Por la puerta del fondo entra Sebastián tratando de aparecer tranquilo pero en realidad angustiado y nervioso. Se detiene un momento en la mitad del escenario donde hay unas flores caídas en el suelo que él no ve. Va hacia la puerta del taller y mira al fondo penumbroso con desolación. Queda allí un momento y vuelve al centro de la habitación. Mira una a una las fotografías que están en las paredes y luego se reclina en el diván y toma un libro que hojear sin leer hasta que hastiado lo abandona sobre la mesa. Tocan a la puerta. Sebastián no responde. La puerta se abre lentamente. Entra un muchacho con una bandeja cubierta por un lino blanco. Sebastián lo deja que entre.

MUCHACHO

—La comida, señor. (*Dice y avanza hacia la mesa.*)

SEBASTIAN

—Déjala. (*El muchacho coloca el azafate sobre la mesa.*)

MUCHACHO

—Hay un perro muerto en la puerta.

SEBASTIAN

—¿Y qué?...

MUCHACHO

—Nada. (*Va a salir pero se detiene.*) ¿Lo mató usted?

SEBASTIAN

—No.

MUCHACHO

—Dicen que usted ha matado perros y los mira morir.

SEBASTIAN

—No es cierto.

MUCHACHO

—Los perros son lindos. No hay que matarlos.

SEBASTIAN

—¿Verdad?

MUCHACHO

—Sí... Este es amarillo, con las orejas negras. Debió ser duro de matar.

SEBASTIAN

—No sé.

MUCHACHO

—Debió ser lindo vivo. (*Sale.*)

(Sebastián queda solo. Se queda meditando un momento. Luego se pára.)

SEBASTIAN

—Yo no soy capaz de matar un perro; mucho menos verlo morir. (*Destapa el azafate y vuelve a taparlo con desgano, mira el reloj de pulsera y dice*): Qué horrible es el tiempo. Nunca había sentido el tiempo... (*Se sienta en la silla de la izquierda.*) No había pensado nunca en el tiempo. ¡Oh, qué terrible cosa es! El tiempo y la soledad están separados y que mi tiempo nada tiene que ver con el tiempo de las otras gentes y que mi soledad no existe porque estoy rodeado de seres invisibles, de espíritus inspirados, de mis estatuas... Sí...

(*Mecánicamente.*) No estoy solo... No estoy solo... no estoy solo... Mi tiempo es eterno... mi tiempo es eterno... Yo soy eterno... yo soy eterno... (*Reflexionando.*) ¿Por qué he de pensar que yo soy eterno si nadie ha pensado en la muerte?... No estoy solo... No estoy solo... (*Poco a poco se queda dormido.*)

ESCENA II

Un momento después entra una muchacha vestida de blanco, con traje de novia, por la puerta del fondo. Viene alegre y sonriente. Mira la habitación. Por la puerta de la calle entra otra muchacha vestida de rosa con flores en la cabeza. También viene alegre. Se miran con la novia y sonríen juntas. Aparece una tercera muchacha vestida de gris con rosas rojas en la cabeza. Se toman de las manos las tres muchachas, formando un triángulo en el centro del escenario y levantando las cabezas.

MUCHACHA 1ª

—En el alba sus manos son tiernas y la luz crece en mi sangre.

MUCHACHA 2ª

—Tiene los cabellos como la noche y sus ojos son grandes y dulces como el dolor del parto.

MUCHACHA 3ª

—Sobre mis labios crece su nombre como la miel en los frutos.

CORO

—Como el color en las corolas.

(Sueltan las manos y la muchacha de gris se adelanta hacia el frente y dice):

MUCHACHA 3ª

—Qué vivas sus alas en mi sueño.

MUCHACHA 2ª (viene a colocarse detrás de la anterior).

—Con maderas y metales, con fuego y agua,

su amor me envuelve las horas y me ciñe la cintura.

MUCHACHA 1ª

—Esta noche las sábanas tendrán la forma de un aire, tendrán la blancura de un canto, el temblor de una rama florecida. (*Se coloca detrás de las dos anteriores.*)

MUCHACHA 2ª

—Me alojaron los días en su sangre. Me alojaron los caminos en sus ojos, me alojaron los sueños en su vida y él se alojó por siempre en mis entrañas.

MUCHACHA 3ª

—Flor de la dulce paz completa, espiga de los surcos ya sembrados, me diste un día la criba y la semilla, hoy te entrego los campos bien plantados.

MUCHACHA 1ª

—Este azahar tan blanco se enterrará en mis pechos y después fluirá para labios pequeños.

CORO

—Los cabellos, los brazos, los hombros, todo es suyo.

MUCHACHA 3ª

—Mi amado está en la tierra.

MUCHACHA 2ª

—En el aire y el agua me espera mi amado.

MUCHACHA 1ª

—En la flor del naranjo y el salpicado trigo.

(*Entra una mujer vestida de negro, con el cabello entrecano, suelto, que le cae en greñas por la cara, flaca y pálida.*)

Entra despacio. No se ven sus pies ocultos en el traje largo. Entra arrastrando de una cuerda el caballito rojo. Las muchachas al verla, dan un grito y tapándose las caras con las manos se apartan de ella. La mujer entra lentamente y pasando por el centro del escenario se dirige luego hacia el taller. Corre la cortina y entra.)

MUCHACHA 3ª

—Es una rama seca. (*En voz baja.*)

MUCHACHA 2ª

—Sus manos no conocieron el fruto. (*Secretamente.*)

MUCHACHA 1ª

—Ni sus pechos el temblor de las sábanas. (*Espantada.*)

CORO

—Lleva el vientre yermo. Toda la vida yermo. Eternamente yermo.

MUCHACHA 2ª

—Será una estatua algún día.

MUCHACHA 3ª

—De mármol frío y mudo.

MUCHACHA 1ª

—Fue una estatua en otro tiempo.

CORO

—No seremos estatuas.

MUCHACHA 1ª (confidencialmente a las otras).

—Tuve miedo de ser como ella.

MUCHACHA 2ª

—Cómo, ¿tan bella como eres? (*Le besa la mejilla.*)

MUCHACHA 3ª

—Las estatuas espantan en la noche. Nuestra carne es dulce y blanda, nuestros ojos vivos como las vivas aguas, como los vivos cielos, como los vivos hombres que vienen a ellos.

CORO (alzando las manos y avanzando hacia el taller).

—Romperemos las estatuas. Romperemos las estatuas... Romperemos las estatuas...
(*Van diciendo esto hasta que la última, la de gris, desaparece.*)

(Sebastián se levanta espantado.)

SEBASTIAN

—¡No! ¡No!... ¡No podéis romper mis obras de arte!... ¡No! *Corre hacia el taller y aparta la cortina. Sólo ve la penumbra silenciosa. Se detiene un momento y vuelve al centro de la habitación lentamente. Entonces ve las flores en el suelo y alza una. La estruja en la mano, y dice*): ¿Es verdad?... ¿O es sueño?... ¿Soy un hombre?... ¿Qué soy... qué soy?...

TELON

CUADRO SEGUNDO

El mismo escenario. Solo. Se oye golpear a la puerta sin que nadie responda. Golpean insistentemente; al fin dejan y hay un silencio. Se oye el viento fuerte que gime contra los muros de la casa. Una ventana que se golpea con furia produce un ruido lúgubre. Tras un momento, sale del taller Sebastián acompañado de la mujer modelo del segundo acto.

MUJER

—Creo que seis horas de trabajo es demasiado.

SEBASTIAN

—Sobre todo cuando nada representan.

MUJER

—No es mía la culpa.

SEBASTIAN

—¿De quién entonces?

MUJER

—Suya ha de ser. Yo tengo lo que necesito.

SEBASTIAN

—También lo tengo yo, y sin embargo...

MUJER (haciendo ademán de irse).

—Volveré mañana... Pero no trabajaré más de tres horas. Es mi costumbre. Hoy me duelen los huesos como si me los hubieran triturado.

SEBASTIAN (deteniéndola).

—Espere usted un momento. Le pagaré doble el tiempo que esté usted ahí sentada. Siéntese. No hable. No diga nada, sólo quiero saber que hay un sér humano en esta casa. (*Se pasea.*) ¿Cuánto tiempo recorrerá ese viento para llegar hasta aquí? ¿Cuánta distancia, cuántos labios, cuántas manos, cuántas montañas?

MUJER

—¿Por qué se pone a pensar eso?... Me sentaré unos minutos. Yo estoy rendida. (*Se sienta.*)

SEBASTIAN

—Pienso en el viento porque es lo más ágil de la creación. Debe fatigarse a veces y echarse por ahí, junto al tronco de algún árbol.

MUJER

—Jamás me he puesto a pensar eso de las distancias que pueda recorrer un viento.

SEBASTIAN

—Ahora lo he pensado. La distancia es una cosa muy importante. Recorrer una distancia es algo muy difícil. Hay veces que me parece insalvable, infinita, la distancia entre este diván y la puerta del taller. Y de la puerta al centro del taller otra distancia insalvable. Antes las cosas no eran así. Era fácil pararse del diván e ir hasta allá y era fácil volver.

MUJER

—Estará usted fatigado. Si quiere descansar mañana, yo no tengo inconveniente. Sí, debe estar cansado, ¿verdad?

SEBASTIAN

—No, no estoy cansado. Me siento orgáni-

camente bien. Yo nunca fui fuerte, ¿sabe? En la escuela era un hombre débil. Necesité dominar por mi cabeza. Fui acostumbrándome a imponer mis ideas y así me hice fuerte. En cambio adquirí una gran disciplina de trabajo. Puedo permanecer en el taller doce horas continuas y salgo de buen humor, con ganas de comer y de leer un buen libro...

MUJER

—Algún trastorno sentimental... Ah, ahora recuerdo. Usted tenía aquí una mujer...

SEBASTIAN

—Mi modelo. Se ha enfermado. Pero no. No se trata de un trastorno sentimental. Odio las cosas sentimentales. Es un trastorno técnico.

MUJER

—¿Digestivo?

SEBASTIAN

—No. Técnico de allí, del taller.

MUJER

—¿De manera que yo no le sirvo? (*Se pone en pie.*)

SEBASTIAN

—No quisiera decir eso. Pero es difícil adaptarse a medidas, costumbres, formas nuevas. Esto requerirá tiempo. Pero se logrará. Estoy seguro. El arte necesita lucha y sangre, serenidad y perseverancia. Mucha, mucha cabeza y un poco de crueldad... Lo reconozco. Un poco de crueldad. Bueno. Le agradezco a usted estos minutos de compañía. Si desea, puede retirarse. No quiero molestarla. Ya es tarde y la colina es oscura. (*Recordando*). Antenoche mataron un perro. Alguien le dio un garrotazo en

la cabeza. Los perros son lindos. No debían matarlos...

MUJER

—Es verdad, los animales son muy bellos. Buenas tardes. (*Sale.*)

ESCENA II

Da vueltas por la habitación. Busca un poco de café pero la vasija está vacía. Enciende un cigarrillo y fuma. Va hacia la puerta del taller lentamente. Cuando vuelve encuentra al hombre de negro que ha entrado sin que él lo advierta. Se quedan mirándose.

SEBASTIAN

—Lo esperaba.

HOMBRE

—Lo sabía.

SEBASTIAN

—Estoy solo.

HOMBRE

—¿Usted lo deseaba?

SEBASTIAN

—No sabía lo que esto era.

HOMBRE

—Es necesario saberlo. Pero ¿podrá resistir?

SEBASTIAN

—Creo que sí. Aunque a veces...

HOMBRE

—Quieren rendirlo por angustia, rendir su espíritu. Aniquilarlo.

SEBASTIAN

—Me siento entre un anillo de soledad, de viento, de horas que se detienen a mi lado como caras sin ojos.

HOMBRE

—Los dioses están solos. Los hombres en grupos, los animales en manadas.

SEBASTIAN

—Soy mitad hombre.

HOMBRE

—Poco a poco no le quedará nada de hombre. Irá a través de la soledad y del tiempo como un cachorro de dios, pisando sangre y ruinas, si es necesario.

SEBASTIAN

—Entre usted. No se quede ahí en la puerta.

HOMBRE

—Siempre estaré aquí a las puertas porque vivo en los fondos, en los sótanos y salgo cuando los tumultos hacen mucho ruido. Entonces puedo decir lo que es necesario quedamente, cara a cara. Hay hombres que me tienen un terror increíble. Me ven y se lanzan contra los otros hombres con la ferocidad de águilas hambrientas. Otros se ponen a llorar desesperados.

SEBASTIAN

—Jamás he llorado.

HOMBRE

—Me alegra encontrarme con los que miran de frente y hablan serenamente. Estamos de igual a igual.

SEBASTIAN

—No he retrocedido ante nada.

HOMBRE

—Esta será una dura prueba. Pero usted vencerá. Vencerá contra las pasiones, contra el tiempo, contra los espacios que son difíciles de recorrer solitariamente.

SEBASTIAN

—Es un tormento. Me duele la cabeza como si fuera a estallar.

HOMBRE

—Volveré en el momento exacto. (*Hace una inclinación y sale.*)

SEBASTIAN (reflexivo y triste).

—¿Ese hombre soy yo? ¿Quién es? ¿De dónde ha venido? ¿Por qué entra a esta casa? ¿O está siempre conmigo? ¿Quién es? (*Con espanto.*) ¡Sí! Soy yo. ¡Ese hombre es lo que resta de mí!... (*Llaman a la puerta.*)

ESCENA III

Entra el hombre de gris, mensajero del Ministerio. Mira como buscando a alguien además de Sebastián.

HOMBRE

—¿Está usted solo?...

SEBASTIAN

—Solo. Pase.

HOMBRE

—Gracias, pero con usted no me puedo entender. Usted no tiene carnadura, lo que se llama carnadura. ¿Puedo darle la noticia a su compañero... o a su compañera? (*Entra y se sienta.*)

SEBASTIAN

—Estoy solo. No hay nadie en la casa. Puede decirme lo que sea.

HOMBRE

—Es que yo estoy acostumbrado a tratar con las gentes que tienen sangre en las venas y enrojecen... pero usted está siempre pálido. Usted no tiene matices variados en el rostro... Mire usted: mi tío... Mi tío, Gran Maestro de Mensajeros, odiaba los hombres linfáticos. Decía que con ellos los sistemas eran mejor directos. Llegaba y paf!... Les soltaba la noticia. "Se murió tu madre"...

SEBASTIAN

—Está muerta.

HOMBRE (poniéndose de pies y haciendo un gesto de desesperación).

—Ve... Ve... Pues bien... Se... m-u-r-i-ó...

SEBASTIAN

—¿Quién se murió? (*Se pone en pie y agarra al hombre.*)

HOMBRE (haciendo un gesto de felicidad).

—Por fin... Por fin... de manera que se pone usted exaltado, ¿verdad? Eso me da muchas esperanzas.

SEBASTIAN (suelta al hombre y tomando la cartera busca nerviosamente en ella hasta el fondo. Viendo que allí no hay nada, pregunta):

—¿Dónde está?... ¿Dónde está?

HOMBRE (señalando el pecho).

—Aquí.

SEBASTIAN (reaccionando).

—Que se muera quien se muera. (*Se sienta en el diván.*)

HOMBRE

—Fue así, con las venas abiertas... En medio de seis cuadros al óleo, con una cara pálida y dulce.

SEBASTIAN

—Bernardo.

HOMBRE

—El pintor que usted tanto odió. Un jorobado sin importancia, sin talento y ahora sin vida. Buenas tardes. (*Desde la puerta.*) Como ve, las malas noticias, cuando son así, no necesitan mayores adornos. (*Sale.*)

(Sebastián se queda solo, en medio del diván. El viento toma fuerza fuera y en la habitación hay un silencio profundo. Durante un tiempo la escena permanece así. Sebastián está rígido, como una estatua, en la habitación, como en espera de algo. Se pone en pie tras un momento y tomando su abrigo se lo viste con lentitud. Se oye una campana fuera. Va a salir cuando la puerta se abre y entra Federico con aire abatido.)

FEDERICO

—¿Sales?

SEBASTIAN

—Sí.

FEDERICO

—Espera.

SEBASTIAN

—¿Qué quieres? Me siento enloquecer aquí.

FEDERICO

—¿Ya lo sabes? (*Entra y se tira en el diván.*)

SEBASTIAN (cerrando la puerta).

—Acabo de saberlo. Es una muerte inútil. Yo acepto que la gente muera, mate o se suicide, pero cuando la muerte tiene algún significado.

FEDERICO

—Quiero saber qué significado tiene que tú vivas. Mirándote creo que el muerto deberías ser tú.

SEBASTIAN

—¿Yo? ¿Por qué?

FEDERICO

—Porque has matado a Bernardo.

SEBASTIAN

—Un cuento chino.

FEDERICO

—¿Qué vida o qué muerte no es para tí un cuento chino? ¿Qué ha significado para tí la vida de Dilse y qué la muerte de Bernardo?

SEBASTIAN

—No sé qué tenga que ver una cosa con otra.

FEDERICO

—Son resultados de tu maravillosa inteligencia.

SEBASTIAN

—Continúo sin entender.

FEDERICO

—Es curioso que habiéndose pasado toda la vida entendiendo el mundo ahora no entiendas una cosa tan simple y clara.

SEBASTIAN

—Pues no la entiendo.

FEDERICO

—Dilse apareció en mi casa hace cinco noches sucia de lágrimas y miedo. Huía de tí, de tu poderosa inteligencia. De tus ojos mínimos... Bernardo ha muerto para huir de tí, de tus ojos, de tu seguridad. Tenía la idea de que tú eras la verdad y cuando le decías las palabras que le decías, siempre lo ponías en el filo de la muerte. Su sangre te lavará los ojos.

SEBASTIAN

—¿Es posible?

FEDERICO

—Tan posible que durante estos últimos días se pasaba día y noche, sin descansar un momento, sin comer ni dormir, pintando y pintando.

SEBASTIAN

—¿Hizo algo importante?

FEDERICO

—No para tí. Para tí sólo es importante lo que haces tú, lo que apruebas tú.

SEBASTIAN

—Exageras.

FEDERICO

—Quizá. Pero esa es mi opinión. ¿Qué hay de tus estatuas? Hace tiempo no veo nada. ¿Va marchando tu monumento? Quiero verlo. *(Se levanta y va hacia el taller. Se detiene allí en la puerta y mira hacia adentro. Vuelve luego y dice)*: ¿Esa será tu obra maestra? Tan fría

y rígida como todas. Pero adivino algo de trágico en ella.

SEBASTIAN

—Me duele trabajar.

FEDERICO

—¿A tí? ¿Conoces tú el dolor?

SEBASTIAN

—No sé.

FEDERICO

—Sigue con tus estatuas. En medio de ellas has encontrado la verdadera compañía. Ese es tu mundo.

SEBASTIAN

—Espera. Quiero pedirte algo.

FEDERICO

—¿Qué?

SEBASTIAN

—No te vayas. Es horrible estar aquí en esta soledad.

FEDERICO

—¿Y tus obras de arte? Tus estatuas no te rodean.

SEBASTIAN

—No es igual.

FEDERICO

—¿Tienes miedo?

SEBASTIAN

—¿Miedo a qué?

FEDERICO

—A encontrarte de pronto con alguien desconocido dentro de tí.

SEBASTIAN

—Lo he ido encontrando.

FEDERICO

—¿Podrías reemplazar con tu arte a Bernardo, un hombre tarado y pobre de cuerpo y de alma?

SEBASTIAN

—Nunca.

FEDERICO

—¿Has podido reemplazar a Dilse?

SEBASTIAN

—Ten piedad.

FEDERICO

—Sólo te pido que mires tu corazón y lo encuentres.

SEBASTIAN

—Me duele la sangre en las venas. (*Mira a su alrededor.*) No sé dónde estoy. No sé dónde he estado. Hay una bruma enceguecedora en todo el mundo. Ahora no veo las cosas tan claras como antes.

FEDERICO

—Es que las ves distintas.

SEBASTIAN

—No me digas que soy un lobo en la oscuridad.

FEDERICO

—Basta con que seas un hombre y sientas el mundo como un hombre.

SEBASTIAN

—¿Podría esperar que Dilse volviera?

FEDERICO

—No esperes a Dilse. No me esperes a mí. No esperes a Bernardo. Todos nosotros desapareceremos un día u otro para siempre.

SEBASTIAN

—¿He de quedarme solo?

FEDERICO

—Espera al hombre. Defiende al hombre, trabaja por el hombre, sirve al hombre. Todos somos una parte de la humanidad. Vive por la humanidad.

SEBASTIAN

—Son tan miserables.

FEDERICO

—No siempre serán así. A través de muchas muertes veremos la vida.

SEBASTIAN

—¿Cuándo podré ver a Dilse?

FEDERICO

—Cuando seas capaz de correr esa cortina y esperar. Cuando sepas que un sér humano vale más que la mejor de las obras de arte. Más que todos los descubrimientos y todas las conquistas. Cuando sepas que no tienes derecho a matar a Bernardo.

SEBASTIAN

—Díle que entre.

FEDERICO

—¿Cómo sabes?

SEBASTIAN

—Sé que está esperando.

FEDERICO

—Siempre sabes más de lo que es necesario.

SEBASTIAN

—Díle que entre. Quiero estar ante ella.

(Abre la puerta. Dilse entra y se para en el umbral. Sebastián la mira con profunda emoción. Federico le toma la mano a Dilse con amor y desolación y sale dejando la puerta abierta. Hay un momento de honda tensión. Dilse avanza unos pasos y queda quieta de nuevo. En la puerta aparece el hombre de negro que espera allí. Se oyen de nuevo las campanas y lejanamente los coros de los niños. A medida que las voces se acercan, el hombre de negro retrocede. Sebastián va hacia el taller, mira un momento hacia el interior y luego haciendo un ademán de resolución corre la cortina. Pasa luego junto a Dilse y la toma de la mano. Juntos van hacia la puerta y escuchan los coros de niños cada momento más cercanos.)

SEBASTIAN

—Bajan de las montañas llenos de flores.

(Cuando las voces llenan el escenario cae el telón lentamente.)

FIN